

Vicente Castellanos Cerda

Durante siglos hemos tenido la esperanza de que la ciencia desplazaría satisfactoriamente a la religión y a las ideologías en la comprensión total de nuestro mundo, esperanza que tenía su base en el carácter repetible y objetivo del conocimiento científico. Ibamos en busca de la verdad eterna, de los hechos independientes, es decir, de la realidad pura y externa, y por lo tanto, incuestionable. La ciencia ocupaba el lugar de Dios y de la superstición. Sin embargo, a partir de las últimas tres décadas han comenzado a revivir diversos movimientos teóricos, culturales y epistemológicos preocupados por desenmascarar a "la realidad", de cuestionar los presupuestos y/o esquemas tradicionales en que se sustenta.

El pensamiento científico nos ha enseñado a crear estructuras, basadas en la experiencia, para adelantar hipótesis o conclusiones; no sólo en el terreno de la ciencia, sino también en el de la vida cotidiana. Nos ha permitido ir tras las causas de los efectos, aunque no ha explicado los efectos sin causas, es decir, se muestra impotente ante las situaciones en que el futuro modifica el presente, en donde antes de que ocurra un suceso ya han sido creadas sus condiciones de existencia. Estamos hablando de "las profecías que se autocumplen" como un proceso al que se somete toda realidad, científica o no, haciendo grave daño al pensamiento causal y a los presupuestos de objetividad y de "realidad externa". Tal vez, el acto de conocer sea más una profecía que se autocumple que una verdad exterior.

Lo anterior es más claro en unas disciplinas que en otras. Por ejemplo, se ha dicho que

la psiquiatría no es capaz de reconocer la locura de la normalidad, poniendo en duda el criterio de "adaptación a la realidad" porque basta con que el profeta doctor, en pos de sus presupuestos, diga que tal persona es anormal para que todas sus formas de conducta sean tefidas por esa clasificación. Aunque es más sorprendente que se nos diga que la madre de las ciencias, las matemáticas, también posee sus *trampas* en las que cae constantemente en defensa de sus ideas y de sus costumbres de razonamiento, incluso, conceptos tales como el tercero excluido (lo matemáticamente imposible), se homóloga con esquemas de las ideologías (lo ideológicamente inaceptable). En ambos casos, resulta una situación de exclusión y de rechazo, ya que es mejor tener un grado de seguridad intelectual que una paradoja como señal de que las cosas ya no son como eran.

En este sentido, el libro está inscrito en las teorías contemporáneas del conocimiento: autorreferenciales, paradójicas y relativizadoras. Posee un nuevo enfoque epistemológico: *el constructivista*, a través del cual se propone *reconocer* cómo conocemos. En términos generales, se espera que el filósofo, el científico, el hombre común tomen conciencia de su acto de conocer, de que, como dice el provocativo título, se tenga presente que toda realidad es inventada y construida para cumplir un fin que, efectivamente, se cumple. En este nuevo marco, sujeto y objeto dejan de existir por separado, el pensamiento causal pierde su objetividad y los deseos por una "realidad absoluta" se desvanecen.

Al parecer, la vida está más cerca de la literatura que de las matemáticas. El escritor no está lejos del científico, ya que ambos construyen un mundo que no existe, ajeno a ellos, aunque el primero siempre estará planteándose en sus construcciones una doble ficción: la que se refiere a un mundo imaginario, que la misma literatura crea, y la relacionada con el mundo "real", igualmente inventado.

El constructivismo no desea el suicidio de aquéllos que no pueden vivir sin la idea de una comprensión absoluta del mundo ni tampoco quiere la búsqueda inútil del hombre optimista que no se cansa de luchar por encontrar esa "realidad eterna". Lo que pretende es que el hombre se sienta *responsable* de su mundo, que acepte la culpa como propia y no que la proyecte a las circunstancias o a otros seres vivos. Neutraliza al tercero excluido.

Este hombre al aceptar como propia toda realidad se volverá tolerante ante otras creaciones de ésta y, sobre todo, recobrará plena libertad al saber que tiene la posibilidad de forjar su realidad de otra manera.

Finalmente, si la "realidad" es una construcción de los hombres, entonces ¿qué realidad es la propia del *constructivismo*? Más que crear o explicar la "realidad", esta corriente pretende decirnos que al tomar conciencia del acto de conocer, deja de existir la separación entre sujeto y objeto, y entre las demás parejas de opuestos,

abriendo el camino a las paradojas que, por su carácter contradictorio, conducen a un conocimiento autónomo y relativizador.

Watzlawick, Paul (compilador), *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Colección El mamífero parlante, Gedisa, Barcelona, 1988, 277 p.

EL VIAJERO SUBTERRANEO. UN ETNOLOGO EN EL METRO

Yolanda Mercader Martínez

Esta obra muestra un nuevo enfoque de la antropología urbana. En ella se analiza que el uso del metro no es sólo transportarse de un punto a otro, sino que es el resultado del entrecruzamiento de la memoria colectiva, imágenes subjetivas y estrategias interpersonales.

El metro juega con dos posibilidades: el *metro-símbolo* y el *metro simbólico*. Los productos de la industria humana pueden simbolizar los grandes temas antropológicos: la identidad, la relación, el destino.

El metro en cuanto nos acerca a la humanidad cotidiana, desempeña el papel de un vidrio de aumento y nos invita a medir un fenómeno que, sin él, correríamos el riesgo de ignorar.

La frecuencia en el uso del metro nos enfrenta ciertamente con nuestra historia, y esto en más de un sentido. Nuestros itinerarios de hoy se cruzan con los de ayer, trozos de vida de los que del plano del metro se pasa a la agenda de nuestro corazón. La pluralidad de elementos que definen el yo es una realidad compuesta, transitoria y efímera, producto de herencias y diversas influencias, objeto de estudio de los etnólogos (relativistas o no) que dedican siempre parte de sus estudios a la noción de persona, a su vez absolutamente indispensable para comprender aquellos capítulos que tratan sobre organización social y economía.

Los recorridos en el metro tienen evidentemente una carga histórica, el tren se desliza por nuestra historia a velocidad acelerada, incansable, cual una

lanzadera va y viene en los dos sentidos, une los grandes nombres, los lugares ilustres y los grandes momentos. De manera que tomar el metro sería en cierto modo celebrar el culto a los antepasados. Pero ese culto, si es que lo hay, es inconsciente; muchos nombres de estaciones nada dicen a quienes los leen o los oyen, y aquellos a quienes dicen algo no piensan necesariamente en el objeto cuando pronuncian el nombre. Podría objetarse, entonces, que se trata de un culto muerto: lejos de confrontar a la sociedad de hoy con su pasado y a los individuos que la componen con su historia, los recorridos del metro dispersan por los cuatro puntos cardinales a hombres y mujeres presurosos o fatigados que sueñan con vagones vacíos y andenes desiertos, empujados con la urgencia de su vida cotidiana, y que en el plano que consultan o en las estaciones que se suceden, sólo perciben el discurso más o menos rápido de su propia existencia personal, apreciada en términos de adelanto y de retraso.